

Revista de Filosofía, N° 77, 2014-2, pp. 87 - 104  
ISSN 0798-1171

## Las estrategias de temporalización de la modernidad en Reinhart Koselle: *experiencia, expectativa y aceleración*

Timing Strategies of Modernity in Reinhart Koselle:  
*Experience, Expectations and Acceleration*

*Fernando José Vergara Henríquez*  
*Universidad Católica Silva Henríquez/Chile*

### Resumen

La tesis fundamental de Koselleck, es que la modernidad ha aumentado progresivamente la diferencia entre *experiencia* (recuerdo, memoria) y *expectativa* (proyecto, esperanza) o más exactamente, sólo se puede concebir la modernidad como un tiempo nuevo desde que las expectativas se han ido alejando cada vez más de las experiencias hechas. La tensión es lo que provoca de manera cada vez diferente nuevas soluciones, empujando de ese modo y desde sí misma al tiempo histórico. Ambas constituyen una diferencia temporal en el hoy, entrelazando cada una el pasado y el futuro de manera desigual. La modernidad y el cambio histórico coordinan experiencia y expectativa, lo que representa el hecho de que el futuro no sólo modifica, sino también perfecciona la sociedad, caracterizando el horizonte de expectativas que había esbozado la Ilustración tardía cualificada y conceptualizada en la idea de progreso en tanto modernización que rompe con la orientación hacia el futuro respecto de su pasado, es decir, la experiencia de progreso irrumpe como la nueva experiencia histórica respecto de la anclada experiencia de la tradición pasada.

**Palabras clave:** Modernidad, Koselleck, tiempos históricos, experiencia, expectativa, aceleración.

## Abstract

The fundamental thesis of Koselleck is that modernity has progressively increased the difference between experience (recollection, memory) and expectation (plan, hope); or more precisely, modernity can only be conceived as a new time, since expectations have increasingly distanced themselves from experiences. The tension is what provokes new solutions in a different manner each time, pushing historic time this way from itself. Both constitute a temporal difference in the present, each interweaving the past and future unequally. Modernity and historical change co-ordinate experience and expectation. They represent the fact that the future not only modifies but also perfects society, characterizing the horizon of expectations outlined by the late Enlightenment, which was qualified and conceptualized around the idea of progress, in that modernization breaks away from orientation toward the future with regard to its past. That is, the experience of progress emerges as the new historical experience with respect to the rooted experience of past tradition.

**Key words:** Modernity, Koselleck, historical times, experience, expectations, acceleration.

## Introducción

Toda experiencia de temporalidad, es producto de una suerte de puntuación que distingue el devenir de la eternidad y ha indicado que el primero, es el relevante para la interpretación. De ahí que consideremos que el tiempo como categoría hermenéutica, es operada en la modernidad de manera hegemónica, instituyendo sobre ese devenir, uno o varios tiempos explícitos que, en tanto signos, tienen varias dimensiones<sup>1</sup>: una referencial o identitaria, que tiene que ver con el sistema de medida utilizado para contener el flujo del devenir, es el tiempo calendario; otra imaginaria o de significación, en relación de presunción recíproca con la anterior, que semantiza períodos y límites concediendo cualidad y afecto al tiempo, y otra pragmática, que construye temporalidades a un nivel superior permitiendo que este nivel de la sociedad controle a su correspondiente parte dominada. Dimensiones que en la modernidad tardía encuentran yuxtaposiciones complejas, que es necesario abordar, por ejemplo, utilizando las claves de historia conceptual de Koselleck.

1 Cfr. CASTORIADIS, Cornelius. *La institución imaginaria de la sociedad*. Vol. 2, 'El imaginario social y la institución'. Barcelona, Tusquets, 1989. pp. 71-86.

La tesis central de la *historia conceptual* según Koselleck, impone una semántica de los términos políticos vinculada a los tiempos históricos. El significado, así condicionado, entrega a estos términos su contenido conceptual, capaz de estructurar las experiencias fundamentales de los agentes sociales. Para dotarse de esa capacidad de estructurar experiencias fundamentales, los conceptos deben integrar dos elementos: ser factores de la realidad socio-política y ser índices de la misma. Así que los conceptos son contenidos significativos de naturaleza epistemológica y a la vez de naturaleza práctica, incluyen sentidos teórico-prácticos con los que se traduce la realidad de un mundo histórico.

Hay que considerar que el tiempo, en la modernidad, deja de ser un dato pasivo e inerte, para constituirse en un índice de modificación de todo lo existente. Es una agencia dinámica, desestabilizadora, activa, que desplaza sus centros hacia el futuro, que permea la actualidad de expectativas, que acelera el ritmo con que el presente y se sucede a sí mismo en todos los órdenes del hacer y del crear.

Siguiendo a Koselleck, nos preguntamos ¿conforme a qué sentido se organizaban las relaciones entre los diversos estratos del tiempo en la era moderna?

La semántica de los tiempos históricos, es la disciplina que analiza el complejo de significados sociopolíticos adheridos a las estructuras de ordenación histórica del tiempo, específicamente en la modernidad: el presente está tramado en un relato en el que desempeña un papel cuyo alcance “dramático” dependerá de la función que se le asigne al resto de estratos temporales (importará mucho si, como hicieron los modernos, se propone al futuro como sede de los bienes y valores superiores y más anhelados, mientras el pasado es pintado con las desmejoradas galas de lo ya-no-relevante, pues en ese caso el presente se preña de expectativas, se inunda de tendencias que quieren exceder-le).

## **Constitución temporal de la modernidad**

La modernidad para Koselleck significa aquella apertura de un abismo temporal entre la experiencia precedente y la expectativa venidera, es decir, una «nueva experiencia del progreso y la de aceleración de los aconteci-

mientos históricos, y la idea de la simultaneidad cronológica de evoluciones históricamente asimiláneas»<sup>2</sup>.

Para Jauss la época histórica moderna está coronada por un acontecimiento al que se asoció una empresa temporalizadora fascinante: la vinculación de un acto político-social a un mito de nacimiento como medio de producción de la conciencia epocal de la Modernidad bajo las diferentes estrategias de temporalización son una buena vara de medir el deterioro (o, sin connotaciones peyorativas, la transformación) de los procesos modernos, por ejemplo la fe en la posibilidad de sostener un concepto unitario, inmanente y totalizador de Historia Universal dotada de estructuras sólidas, ritmos racionales y progresivos, así como metas reconocibles y compartidas. La operatividad de la modernidad decanta en una suerte de mitología que reinscribe el proyecto en un nuevo comienzo histórico.

Jauss se refiere sobre este intento originante de la modernidad, como un inicio del mito revolucionario del nuevo comienzo de la historia. La época histórica moderna está enmarcada por el acontecimiento conector y temporalizador de un acto político-social entendido, internalizado y proyectado como un mito de nacimiento, como la fundación de la conciencia epocal de la modernidad, expresada en la fe en la posibilidad de un concepto unitario, inmanente y totalizador de la Historia dotada de estructuras institucionales sólidas y progresivos ritmos racionales disciplinadores como de metas reconocibles y compartidas:

«Si hay un suceso en la historia que se preste eminentemente a testificar la formación de mitos del comienzo en la era de la Ilustración, ése es la Revolución de 1789 en la conciencia epocal de sus actores y contemporáneos. Sin embargo, este incontestable cambio de época ha sido recibido y celebrado en realidad como cumplimiento del deseo de un nuevo comienzo de la historia, como acto fundamental de una sociedad de libres e iguales. Eso es lo que indica ante todo la historia del concepto de Revolución. [...] Ahora, un nuevo poder exigía cambiar totalmente el orden existente, desde la acción política al resto de las instituciones de la sociedad, con un cambio de dirección que no permitiese un regreso al punto de parti-

2 HABERMAS, Jürgen. *El discurso filosófico de la modernidad. (Doce lecciones)*. Madrid, Taurus, 1989. p. 16.

da, como en el antiguo modelo del círculo de las constituciones. La palabra “revolución” que, desde el comienzo de la modernidad se va desprendiendo de su origen astronómico, contradice ahora toda experiencia natural del tiempo como retorno de lo igual e inaugura su papel moderno, preñado de historia»<sup>3</sup>.

La modernidad –y sus hijos (algunos prematuros, otros nacidos muertos, otros póstumos)–, forman un proceso histórico-comprensor del tiempo que hace época, cuyo centro de movimiento responde a un mito revolucionario que nombra y narra un suceso inicial que abre un nuevo horizonte de expectativas, con el que se reconoce retrospectivamente el momento en que se comprueba aquello que tuvo que suceder para dar curso a la historia una nueva dirección, ahora irreversible, un punto-de-no-retorno y de no-inflexión.

La imbricación entre mito revolucionario con época moderna y tiempo nuevo sin retorno, admite una determinación o interpretación alternativa del concepto de cambio trabajada respecto a la globalización, como mutabilidad-transformación-metamorfosis:

«En la cumbre de la Ilustración europea no hay sólo muchas historias sino *una* historia; no hay bellas artes, sino *un* arte autónomo; no hay caracteres naturales o sociales, sino *un* carácter individual; y no hay revoluciones, sino *una* sola Revolución, grande e incomparable. El acontecimiento histórico de un comienzo que tuvo lugar en un instante imprevisible (de modo espontáneo o tras larga preparación) y, por lo tanto, no derivable lógicamente del pasado, fue elevado al nivel del concepto desde la nueva experiencia histórica, por los ilustrados, como la *revolución*, en singular, ya antes de 1789»<sup>4</sup>.

Jauss afirma que el concepto moderno de revolución «determina el cambio de lo existente de doble manera: revolución como fuerza espontánea y como cambio lento, apelación enfática de novedad y regeneración más tranquila de lo antiguo llevada a cabo por el trabajo de la Ilustración, es decir, unicidad y retorno»<sup>5</sup>. La novedad –en las costumbres políticas, socia-

3 JAUSS, Hans Robert. *Las transformaciones de lo moderno. Estudio sobre las etapas de la modernidad estética*. Madrid, Visor, 1995. p. 49.

4 *Ibíd.*, p. 50.

5 *Idem*.

les, religiosas, educativas, etc.— es un marcador incuestionable como umbral de época del esfuerzo revolucionario, pero ¿éstas resultan ser un logro rupturista surgido espontáneamente o más bien el resultado final de una lenta confirmación de un modelo o aspiración incubada desde el pasado? Jauss responde a ello refiriéndose al cruce entre singularidad y repetición:

«Este cruce de singularidad y repetición se anuncia progresivamente a la conciencia de cambio de los contemporáneos de 1789. Unos ven en la revolución la ruptura con todo el pasado, otros una especie de renacimiento. Así, advertía Robespierre a los franceses que su revolución, *el paso del reinado del crimen al reinado de la justicia*, que ya se había implantado en medio mundo, se realizaría ahora en todo el mundo: *para cumplir vuestra misión, tenéis que hacer precisamente lo contrario de lo que se hizo con vosotros*. El comienzo del reino de la virtud acontece ahora bajo la condición de una inversión total del sentido de la anterior metáfora astronómica. El comienzo de una revolución que *promete al género humano un período de tiempo nuevo*, podía ser ensalzado tanto como un acontecimiento único, *del que la historia no tiene ningún ejemplo*, que como una *ordenación totalmente nueva*, separada del antiguo orden y encaminada a un futuro aún por realizar. La visión radical de los demócratas podía referirse, con Rousseau, a la voluntad soberana de un *pueblo nuevo y transformado*, a la *Volonté générale*, una constitución estatal con capacidad de cambiar en cualquier momento. Para unos era el deseo de comenzar de nuevo la historia corrompida de la Humanidad, realizable mediante un compromiso de instaurar una sociedad de libres e iguales. Para otros se trataba de cumplir una promesa religiosa: el reino de Dios, largamente esperado, que el joven Hegel y sus amigos de Tubinga esperaban ver, no al final de los tiempos, sino aquí y ahora en la Francia de 1789»<sup>6</sup>.

En esta apertura temporal, el pasado queda reservado, destinado a las coordenadas de la memoria en tanto ejercicio de lejanía y comparación. Un relevo de las instituciones organizadoras de la cultura anterior bajo la noción de progreso de la Providencia por la noción de progreso inmanente fundada en los avances de la ciencia y cuya finalidad es inherente al mundo

6 *Ibíd.*, p. 51.

mismo, vale decir, operada por una lógica profunda y autorreferente como la «huida del mundo hacia lo suprasensible [ahora] sustituida por el progreso histórico»<sup>7</sup> y éste, a su vez, sustituye a la idea de perfección trascendente por perfección funcional.

La idea de progreso<sup>8</sup> condensa una red de significaciones sobre la que se edifica el interés de la percepción de lo real hacia la liberación del potencial del conocimiento humano, conocimiento operado, validado y concretado en una convicción ilimitada en el saber científico en constante avance y desarrollo –material– de la vida humana. Toda experiencia de temporalidad, es producto de una suerte de puntuación o fijación que distingue el devenir de la eternidad optando por el primero, como el relevante para la interpretación. De ahí que consideremos que el tiempo, es operado en la modernidad de manera hegemónica, instituyendo sobre ese devenir, uno o varios tiempos explícitos que, en tanto signos, tienen varias dimensiones: una referencial o identitaria, que tiene que ver con el sistema de medida utilizado para contener el flujo del devenir, es el tiempo calendario; otra imaginaria o de significación, en relación de presunción recíproca con la anterior, que semantiza períodos y límites concediendo cualidad y afecto al tiempo; y otra pragmática, que construye temporalidades a un nivel superior permitiendo que este nivel de la sociedad controle a su correspondiente parte dominada.

Dimensiones, que en la modernidad tardía, encuentran yuxtaposiciones complejas que es necesario abordar, por ejemplo: utilizando la clave de historia conceptual de Koselleck<sup>9</sup>. La tesis central se refiere a la imposición de una semántica de los términos políticos vinculada a los tiempos históricos. El significado, así condicionado, entrega a estos términos su contenido conceptual capaz de estructurar las experiencias fundamentales de los agentes sociales. Para dotarse de esa capacidad de estructurar experiencias fundamentales, los conceptos deben integrar dos elementos: ser factores de la

7 HEIDEGGER, Martin. *Caminos de bosque*. Madrid, Alianza, 1995. p. 199.

8 Nos referimos, desde luego, a la consideración de progreso siguiendo su etimología del vocablo latino *progressus*, derivado de *progredi*, caminar hacia delante; *progredi*, a su vez procede de *gradi*, andar. Por tanto, cuando se habla de progreso, se refiere a “avance”, “crecimiento”, sea positivo o negativo, pues lo importante del progreso es que demarca una realidad temporal no cíclica, es decir, un tiempo siempre creador y en constante renovación.

9 KOSELLECK, Reinhart. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Paidós, 1993. p. 286-332. En adelante FP.

realidad socio-política y ser índices de la misma. Así que los conceptos son contenidos significativos de naturaleza epistemológica y a la vez de naturaleza práctica, es decir, incluyen sentidos teórico-prácticos con los que se traduce la realidad de un mundo histórico.

## **El tiempo histórico de la modernidad: tensión entre experiencia y expectativa en el horizonte de la aceleración progresista**

La modernidad, es la época del acrecentamiento de la diferencia entre pasado y futuro: el tiempo en que se vive se experimentará como ruptura, como transición, fractura de límites a través de la cual una y otra vez aparece algo nuevo e inesperado<sup>10</sup>. Así, nace una historia cuya mecánica es determinada por una dinámica que exige categorías temporales de movimiento, sobre todo, la de aceleración, que pasa a ser una experiencia específica del tiempo en la modernidad abierta «radicalmente al futuro»<sup>11</sup>. En el campo de lo político-social, la medida del tiempo se convierte en un teorema clave, ya fuera de los conservadores para retardar el movimiento, ya de los progresistas para incrementarlo. La dinámica temporal es uno de los marcadores esenciales de la modernidad y todas sus estrategias, como el acortamiento, la comprensión y, sobre todo, la aceleración del tiempo y sus plazos, desempeñaron un papel determinante al interior de los programas políticos de la modernidad y su establecimiento cultural.

En resumen, la «determinación de la modernidad como tiempo de transición no ha perdido en evidencia epocal desde su descubrimiento. Un criterio infalible de esta modernidad son sus conceptos de movimiento –como indicadores del cambio social y político y como factores lingüísticos de la formación de la conciencia, de la crítica ideológica y del control del comportamiento»<sup>12</sup>. Koselleck desarrolla su tesis sobre la modernidad y su mecánica irruptiva de movimiento basado en que «la *experiencia* [recuerdo] y la *expectativa* [esperanza] son dos categorías adecuadas para tematizar el tiempo histórico por entrecruzar el pasado y el futuro. La historia concreta

10 *FP*, p. 321.

11 HABERMAS, Jürgen. *La constelación posnacional. Ensayos políticos*. Barcelona, Paidós, 2000. p. 171.

12 *FP*, p 332.

se madura en el medio de determinadas experiencias y determinadas expectativas»<sup>13</sup> como significado meta-histórico y giro antropológico.

La experiencia es un «*pasado presente*, cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados. En la experiencia se fusionan tanto la elaboración racional como los modos inconscientes del comportamiento que no deben, o no debieran ya, estar presentes en el saber. Además en la propia experiencia de cada uno, transmitida por generaciones o instituciones, siempre está contenida y conservada una experiencia ajena.»<sup>14</sup> Por su parte, la expectativa ligada a personas, siendo a la vez impersonal, se efectúa *en el hoy*, «es futuro hecho presente, apunta al todavía-no, a lo no experimentado, a lo que sólo se puede descubrir. Esperanza y temor, deseo y voluntad, la inquietud pero también el análisis racional, la visión receptiva o la curiosidad forman parte de la expectativa y la constituyen»<sup>15</sup>.

A pesar de corresponderse –experiencia y expectativa–, de estar presentes recíprocamente, no son simétricos complementarios, es decir, tienen modos de ser diferentes y diferenciables: «El pasado y el futuro no llegan a coincidir nunca, como tampoco se puede deducir totalmente una expectativa a partir de la experiencia. Una vez reunida, una experiencia es tan completa como pasados son sus motivos, mientras que la experiencia futura, la que se va a hacer, anticipada como expectativa se descompone en una infinidad de trayectos temporales diferentes»<sup>16</sup>.

Estamos frente a una aporía que sólo el paso del tiempo puede –podrá– resolver, pues es imposible deducir la expectativa totalmente a partir de la experiencia, cayendo en error; como también no basar la expectativa en la experiencia, pues también se yerra: es una característica estructural de la historia que suceda siempre algo más o algo menos de lo que está contenido en los datos previos<sup>17</sup>. Lo pensado por esperar, lo impensado por venir. La estructura temporal de la experiencia reposa en el poder de modificación respecto al tiempo histórico: «En la medida en que el propio tiempo se ha

13 *FP*, p. 337.

14 *FP*, p. 338.

15 *Idem*.

16 *FP*, p. 339.

17 *FP*, p. 341.

experimentado como un tiempo siempre nuevo, como “tiempo moderno”, el reto del futuro no ha cesado de creer cada vez más»<sup>18</sup>.

Y la característica fundamental de este tiempo moderno como reto al futuro, es la de aceleración como categoría escatológica de planificación terrena y siempre renovadora del progreso al interior de una temporalización continuada hacia “lo nuevo”. La experiencia es una y la misma; pero inevitablemente se irá modificando en el tiempo a la luz de las nuevas circunstancias que vayan ocurriendo a lo largo de la existencia posterior de aquel que la tuvo. Podemos decir, que si existe algo modificable y susceptible de cambios éstas son las experiencias: no hay experiencias puras cuyo significado quede estabilizado de una vez y para siempre<sup>19</sup>. Por su parte, la estructura temporal de la expectativa, expone a una expectativa que no se puede tener sin la experiencia. Para esperar algo, es preciso haber acumulado algún tipo de vivencia que predisponga en cierto sentido para esperarlo, pero las expectativas que se basan en experiencias ya no pueden sorprender cuando suceden. Sólo puede sorprender lo que no se esperaba, entonces se presenta una nueva experiencia. La ruptura del horizonte de expectativa funda, pues, una nueva experiencia. Así, la ganancia en experiencia sobrepasa entonces la limitación del futuro posible presupuesta por la expectativa precedente.

A lo que se refiere Koselleck, es que una expectativa implica siempre confiar limitadamente en el futuro y confiar en que éste abra un determinado abanico de posibilidades de experimentación. La experiencia auténtica, cuando surge, es, sin embargo, una fractura y desbordamiento de las expectativas, cuyos límites quedan rebasados por un acontecimiento radicalmente nuevo. En decir, la tensión entre experiencia y expectativa es lo que provoca de manera cada vez diferente nuevas soluciones, empujando de ese modo y desde sí misma al tiempo histórico. Ambas constituyen una diferencia temporal en el hoy, entrelazando cada una el pasado y el futuro de manera desigual<sup>20</sup>, presentando una de las características del tiempo histórico más peculiares y determinantes: su variabilidad. Movilidad que tiene como eje estructural el tiempo-siempre-hacia-adelante, marcando mecánicamente lo

18 *FP*, p. 16.

19 *Idem*.

20 *FP*, p. 342.

por-venir, lo por-llegar, lo por-esperar en el horizonte de continua renovación de “lo novísimo”.

¿Cómo se vive el tiempo en el horizonte de la modernidad tardía? ¿Cuáles son las experiencias del tiempo y las estrategias de temporalización que definen ese horizonte que en el ciclo anterior hemos trazado por medio del debate en torno a la categoría de secularización? La modernidad se define a partir de la apertura de un abismo entre la experiencia precedente y la expectativa venidera. Es, por antonomasia, la época del acrecentamiento de la diferencia entre pasado y futuro, de modo que *el tiempo en que se vive se empieza a experimentar como ruptura, como tiempo de transición, como fractura de límites* a través de la cual una y otra vez aparece algo nuevo e inesperado. Nace una historia cuya dinámica exige categorías temporales de movimiento, destacando la de aceleración. La aceleración pasa a ser una experiencia fundamental específica del tiempo en la modernidad. En el campo de lo político-social: la medida del tiempo se convirtió en un teorema clave, ya fuera de los conservadores para detener o retardar el movimiento, ya de los progresistas para incrementarlo y estimularlo. La dinámica temporal es uno de los marcadores esenciales de la modernidad y todas sus estrategias, como el acortamiento, la comprensión y, sobre todo, la aceleración del tiempo y sus plazos, desempeñaron un papel muy activo dentro de los programas políticos –y no solo políticos– de la modernidad.

El tiempo histórico se empieza a experimentar como coerción, afirma Koselleck, el que ejercía desde entonces, sobre todo a partir de 1770, en la que nadie podía escapar. La experiencia fundamental del movimiento, del cambio hacia un futuro abierto, era compartida por todos, sólo reinaba la disputa respecto al ritmo y a la dirección que había de seguir. Por lo tanto, sobre el trasfondo de una temporalización general de este tipo, ¿hasta qué punto ha influido el tiempo como magnitud variable en la terminología de la vida social y política? A partir de la revolución francesa el tiempo influye en la economía del lenguaje tiñendo todo el vocabulario político y social: «Desde entonces, apenas hay un concepto central de la teoría política o de la pragmática social que no contenga un coeficiente temporal de modificación, sin el cual nada se puede conocer, pensar o argumentar, sin el cual se habría perdido la fuerza de arrastre de los conceptos. El tiempo mismo se convirtió en una pretensión de legitimación utilizable universalmente. Ya no eran posibles conceptos de legitimación especiales sin una perspectiva

temporal»<sup>21</sup>. Se produce la siguiente circunstancia paradójica: la temporalización no sólo ha transformado los antiguos conceptos de organización social, sino que también ha ayudado a crear otros nuevos, encontrando todos su denominador temporal común en el sufijo *-ismo*<sup>22</sup>. Los nuevos conceptos de organización social comparten un mismo carácter, pues se basan solo parcialmente en estados de experiencia. La expectativa del tiempo venidero crece proporcionalmente a la carencia de experiencia. Hay que considerar que los conceptos, al igual que las circunstancias históricas que abarcan, tienen una estructura temporal interior. Pues bien, ¿a qué circunstancias estrechamente relacionadas entre sí remite la estructura temporal de nuestros conceptos? Son dos circunstancias que caracterizan de un modo especial a nuestra modernidad, bien entendido que los conceptos políticos y sociales se convierten en instrumentos de control del movimiento histórico<sup>23</sup>. Es decir, no son únicamente *indicadores*, sino también los *factores* de todos los cambios que se extendió a la sociedad civil desde el siglo XVIII. No podemos incurrir en la ingenuidad de creer que los conceptos políticos solo *representan* ‘estados de cosas’: hay que caer en cuenta de cómo van produ-

21 *FP*, p. 324.

22 Musil, nos da claras luces sobre esto: «la vida que nos rodea carece de conceptos de orden. [...] la filosofía popular y la discusión de cada día no se dieron por satisfechas con ese andrajo liberal de una fe en la razón y el progreso sin ningún fundamento, o bien inventaron esos conocidos fetiches de la época, la nación, la raza, el catolicismo, el hombre con intuición, a todos los cuales les es común, negativamente, un sentimentalismo que no para de sacar faltas al entendimiento y, positivamente, la necesidad de hacer un alto, la necesidad de un esqueleto gigantesco al que colgarle las impresiones en las que uno consiste ya exclusivamente [en esta situación] [...] ¡En cuanto aparecía un nuevo ismo, se creía que allí estaba el hombre nuevo, y con el final de cada curso escolar se alzaba una nueva era! [El ‘anti-tipismo’ como expresión del desorden del espíritu] nuestro espíritu alberga, unas junto a otras y sin contrapesar en absoluto, las contradicciones entre individualismo y comunitarismo, aristocracia y socialismo, pacifismo y marcialidad, entusiasmos culturales y empresa civilizadora, nacionalismo e internacionalismo, religión y ciencia de la naturaleza, intuición y racionalismo, y un sinnúmero más. Que se me excuse la comparación, pero el estómago de esta época está estragado, y una y otra vez vuelve a regoldar en cien mezclas diferentes restos de la misma comida sin digerirla [...]: esto es un manicomio babilónico; por mil ventanas le gritan a la vez al transeúnte mil voces, mil músicas, mil ideas diferentes, y está claro que el individuo se convierte así en un tablado para motivos anarquistas y la moral se disgrega junto con el espíritu.» Vid. Musil, Robert. *Ensayos y conferencias*, Madrid, Visor, 1992. pp. 118-119.

23 *FP*, p. 328.

ciendo y construyendo ‘dinámicas de vida’. Y sólo en el horizonte de la temporalización llega a ser posible que los adversarios políticos se ideologicen mutuamente. Es fácil de entender: sólo por referencia a los dispositivos temporales con que están cargados los conceptos políticos modernos [por ejemplo, Revolución], puede un adversario reprochar a otro su *conservadurismo*, o su condición de *reaccionario*, o al contrario la de agitador, la de desestabilizador. Así, se modifica el modo funcional del lenguaje sociopolítico. La ideologización de los adversarios pasa a formar parte desde entonces al control político del lenguaje. Surge así en la modernidad una crítica ideológica, que como afirma Koselleck «distribuye la carga probatoria del discurso político en el decurso del tiempo: sobre el retículo del “antes que” o “después que” y especialmente del “demasiado pronto” o “demasiado tarde”, se pueden explicar “ideológicamente” actitudes de conciencia. [...] Una crítica ideológica que proceda así argumenta con conceptos de movimiento cuya carga probatoria sólo se puede exigir en el futuro»<sup>24</sup>. Esto es, la crítica y el debate ideológicos en la modernidad desplazan el centro de la atención política desde los contenidos internos o estáticos de los conceptos hasta su dinámica temporal, en la medida en que se erige siempre al futuro en juez de su cumplimiento.

Esto es posible por dos circunstancias históricas que concurren en aquel período: una primera circunstancia según Koselleck: la amplificación del espacio lingüístico, que en la premodernidad estaba estratificado constitucionalmente –hasta mediados del siglo XVIII el lenguaje político, en especial, fue monopolio de la nobleza, de los juristas y de los eruditos. El ámbito de comunicación lingüística de la nobleza y los eruditos se extendió al estrato cultural ciudadano, y en la década anterior a la revolución de marzo de 1848, se fueron agregando cada vez más las capas inferiores, a las que se hablaba con un lenguaje político y que aprendieron también a expresarse políticamente. El radio de los ciudadanos lingüísticamente competentes en materia política abarcaba también a las clases menos favorecidas, sobre todo los burgueses, pero también los sectores mejor organizados de trabajadores y obreros por cuenta ajena. Esto produjo una lucha a propósito de los conceptos: el control del lenguaje se hizo tanto más urgente cuantas más personas podían ser alcanzadas y afectadas por él. La modernidad trajo con-

24 *FP*, pp. 50-51.

sigo un desafío por el control político del lenguaje –y por consiguiente también por el control del comportamiento y de la conciencia– que cambió la estructura temporal interior de los conceptos. Mientras que los conceptos anteriores –premodernos– se caracterizaban por reunir en una expresión toda la experiencia realizada hasta entonces, *la relación del concepto se vuelve ahora hacia lo concebido*. Es típico de la terminología política moderna el contener numerosos conceptos que, en rigor, son anticipaciones: se basan en la experiencia de la desaparición de la experiencia, por lo que tienen que mantener o despertar nuevas expectativas<sup>25</sup>. Es importante comprender este punto: la modernidad es el corte epocal donde se empiezan a manejar conceptos ya no tanto apoyados en la experiencia y sabiduría precedentes cuanto impulsados en expectativas y promesas que apuntan al futuro. Los conceptos políticos más movilizadores, son aquellos que se construyen sobre la desaparición de la experiencia precedente y la promesa de un tiempo nuevo que está por venir. El concepto político moderno, por excelencia, es aquel que deja de ser fiel depositario de la experiencia, de la tradición, del pasado, etc. y se propone a cambio como pura e ilusionante anticipación de futuro. Por motivos morales, económicos técnicos o políticos, exigen fines en los que entran a formar parte más deseos de los que la historia precedente pudo satisfacer. La envergadura político-social de tales anticipaciones queda demostrada por el hecho de que tenían que apuntar más allá de lo que se podía cumplir empíricamente. Arrastrada por estas anticipaciones del futuro, la sociedad se formaba a sí misma en las comunidades y empresas, en los centros y federaciones, en las fundaciones y los partidos, en las organizaciones, etc., de modo que la temporalización se introdujo profundamente en la vida cotidiana.

La segunda circunstancia, y a la cual remite la estructura temporal interna de nuestros conceptos: la pérdida de las coordinaciones intuitivas permanentes entre la denominación y el estado social y político de las cosas, caracteriza cada vez más a la vida cotidiana. La socialización de la escisión entre la palabra y la cosa, entre el concepto y la realidad. Esto puede probarse de muy diversas formas; pero siempre con un denominador común: durante la modernidad se extendió la sensación de que los conceptos políticos y la realidad social ya no estaban soldados ni iban de la mano como an-

25 *FP*, pp. 329-330.

taño, sino que bien podía ocurrir que la realidad cambiara de forma tan acelerada que dejara atrás e inservible a la antigua terminología política empleada para definirla, o que, por el contrario, fuera el imaginario colectivo el que promoviera fórmulas y conceptos políticos nuevos frente a una realidad que parecía anquilosada u obsoleta. Por eso, algunas consecuencias: a) aumenta el grado de abstracción de muchos conceptos, porque solamente así puede captarse la complejidad creciente de las estructuras económicas y técnicas, sociales y políticas. Vemos que esta complejización de la experiencia de las condiciones técnico-industriales de la vida cotidiana es generadora de nuevas cargas semánticas dentro de nuestra praxis lingüística; b) cuanto más generales sean los conceptos, más partidos pueden servirse de ellos. Se convierten en consignas. Por ejemplo, a la libertad entendida como privilegio, como en el Antiguo Régimen, sólo se puede remitir su poseedor, pero a la libertad universal o en general, como en la modernidad postrevolucionaria, pueden, en teoría, remitirse todos. Nace de ahí una lucha de competencias respecto a la interpretación correcta y al uso correcto de los conceptos, por ejemplo, Democracia se ha convertido en el concepto universal de organización que todos los ámbitos pretenden para sí, pero de modos muy diferentes); y c) distribución perspectivista de los conceptos: los mismos conceptos se pueden distribuir perspectivamente, afirma Koselleck. Como conceptos con aspiraciones universales, los conceptos políticos modernos ejercen una fuerza de ocupación cualesquiera que sean las experiencias concretas o las expectativas que entren a formar parte de ellos: de esta forma se produce un litigio acerca de la verdadera interpretación política, acerca de las técnicas de exclusión que tienden a impedir que el adversario diga y quiera con la misma palabra lo mismo que uno dice y quiere al emplearla. Se propaga una crítica ideológica cuyo arte ya no consiste en descubrir mentiras, aclarar errores, o eliminar prejuicios de las teorías y conceptos ideológicos en nuestra modernidad. Eso sería una crítica estática, sustantiva, de esencias. Con la modernidad, los litigios ideológicos tienen lugar porque los mismos conceptos políticos que en ella irrumpen son artefactos que admiten y aun exigen ser distribuidos perspectivísticamente, es decir, ser distribuidos en un horizonte civil donde devendrán en una pluralidad de interpretaciones generadoras de tensión social, o dicho resumidamente, de vida política.

Para Koselleck: «la determinación de la modernidad como tiempo de transición no ha perdido en evidencia epocal desde su descubrimiento. Un

criterio infalible de esta modernidad son sus conceptos de movimiento –como indicadores del cambio social y político y como factores lingüísticos de la formación de la conciencia, de la crítica ideológica y del control del comportamiento»<sup>26</sup>.

Surgen como espacio de reflexión, la diferencia que hace Koselleck de la temporalización de la modernidad a partir de dos categorías históricas: el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa: la experiencia es un *pasado presente*: cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados. Además, en la experiencia propia de cada uno, transmitida por generaciones o instituciones, siempre está contenida y conservada una experiencia ajena<sup>27</sup>; la expectativa es *futuro hecho presente*: está ligada a personas, siendo a la vez impersonal, se efectúa en el *hoy*, pero apunta al *todavía-no*, a lo no experimentado, a lo que sólo se puede descubrir. Tienen modos de ser diferenciables, a pesar de su reciprocidad. Revisemos brevemente las estructuras temporales de una y otra.

El pasado y el futuro no llegan a coincidir nunca, como tampoco se puede deducir totalmente una expectativa a partir de la experiencia. Quien crea que pueda deducir su expectativa totalmente a partir de su experiencia se equivoca; pero quien no basa su expectativa en su experiencia, también se equivoca. Evidentemente, estamos ante una aporía que sólo se puede resolver con el transcurso del tiempo –dice Koselleck–: es una característica estructural de la historia que suceda siempre algo más o algo menos de lo que está contenido en los datos previos. Afirma Koselleck: una vez reunida, una experiencia es tan completa como pasados son sus motivos, mientras que la experiencia futura, la que se va a hacer, anticipada como expectativa se descompone en una infinidad de trayectos temporales<sup>28</sup>.

Revisemos brevemente las estructuras temporales de esta tensión fundamental. La estructura temporal de la *experiencia*: su poder de modificación con el tiempo. Incluso las experiencias ya hechas pueden modificarse, aunque consideradas desde el punto de vista de lo que se hizo en una ocasión son siempre las mismas: por contener recuerdos erróneos que son corregibles, porque nuevas experiencias abran nuevas perspectivas. Por ejem-

26 *FP*, p. 332.

27 *FP*, p. 338.

28 *FP*, p. 339.

plo: la experiencia de la pérdida de un hijo puede suponer dos cosas algo distintas dependiendo de si los padres reciben posteriormente un comunicado médico confirmándoles su esterilidad, o bien resulta que después de aquel suceso son padres de familia numerosa. La experiencia es una y la misma; pero inevitablemente se irá modificando con el tiempo a la luz de las nuevas circunstancias que vayan concurriendo a lo largo de la existencia posterior de aquel que la tuvo. Las experiencias se superponen, se acumulan, se impregnan unas de otras, nuevas esperanzas y desengaños abren brechas y repercuten en ellas. Ésta es la estructura temporal de la experiencia, que no se puede reunir sin una expectativa retroactiva. Es decir, a la luz de lo que se espera hoy –del todavía-no– se modifica el ayer<sup>29</sup>. Las expectativas actuales pueden llevar a modificar en profundidad la memoria de las experiencias pasadas, asignándoles uno u otro valor, uno u otro significado. En resumidas cuentas, que si existe algo modificable y susceptible de cambios ésas son las experiencias: no hay experiencias puras cuyo significado quede estabilizado de una vez y para siempre.

Por su parte, la estructura temporal de la expectativa: es diferente lo que ocurre en este caso. La expectativa no se puede tener sin la experiencia. Para esperar algo, es preciso haber acumulado algún tipo de vivencia que predisponga en cierto sentido a esperararlo. Pero las expectativas que se basan en experiencias ya no pueden sorprender cuando suceden. Sólo puede sorprender lo que no se esperaba: entonces se presenta una nueva experiencia. La ruptura del horizonte de expectativa funda, pues, una nueva experiencia. La ganancia en experiencia sobrepasa entonces la limitación del futuro posible presupuesta por la expectativa precedente. En síntesis, lo que dice Koselleck es que una expectativa implica siempre confiar limitativamente en el futuro, confiar en que éste abra determinado abanico de posibilidades. La experiencia auténtica, cuando surge, es sin embargo una fractura y desbordamiento de las expectativas, cuyos límites quedan rebasados por un acontecimiento radicalmente *nuevo*.

## Conclusión

La tensión entre experiencia y expectativa es lo que provoca de manera cada vez diferente nuevas soluciones, empujando de ese modo y desde sí misma al tiempo histórico. Ambas constituyen una diferencia temporal en el hoy, entrelazando cada una el pasado y el futuro de manera desigual. La tesis fundamental de Koselleck, es que «la época moderna va aumentando progresivamente la diferencia entre experiencia y expectativa, o, más exactamente, que sólo se puede concebir la modernidad como un tiempo nuevo desde que las expectativas se han ido alejando cada vez más de las experiencias hechas»<sup>30</sup>. La modernidad y el cambio histórico coordinan experiencia y expectativa, lo que representa el hecho de que el futuro no sólo modifica, sino también perfecciona la sociedad, caracterizando el horizonte de expectativas que había esbozado la Ilustración tardía. La cualidad específicamente moderna de esta diferencia ha sido conceptualizada en la idea de progreso<sup>31</sup>. La modernización hecha progreso, rompe con la orientación hacia el futuro respecto de su pasado, es decir, la experiencia de progreso irrumpe como la nueva experiencia histórica respecto de la anclada experiencia de la tradición pasada: el proyecto debe ser revisado.

30 *FP*, pp. 342-343.

31 *FP*, p. 351.